

## La bruja

Laura Gorham

Erase que se era una bruja malvada. Era tan fea que los únicos amigos que tenía en todo el mundo eran ranas. A ellos seguramente les parecía atractiva, pero lo que era a los hombres, aun a los príncipes más valientes que mataban dragones cada tercer día, los espantaba. Cada vez que veían a la bruja, aunque fuera de lejos, corrían a toda la velocidad que daban sus caballos blancos.

De chiquita, cuando la bruja aprendía a leer, su mamá pensó que los viejos y empolvados tomos de magia serían muy difíciles para ella y le dio cuentos de hadas. La brujita se aprendió de memoria todas las historias en las que el apuesto príncipe se enamora de la bella princesa y, después de matar dragones y gigantes, ogros o lo que fuera, se casa con ella y viven felices el resto de sus días.

La brujita no tenía espejos que no estuvieran encantados, ni amiguitas con quien compararse en el bosque, ni nadie que le dijera la verdad sobre su apariencia. Su mamá, cuando le preguntaba, por no entrar en largas discusiones, le decía que claro que era

hermosa y que por qué no iba a jugar con las tarántulas y la dejaba trabajar en paz. Así que la brujita creyó que era princesa y se pasaba largas horas, después de su clase de brujería, sentada al lado de la vereda esperando la llegada de su príncipe.

La primera vez que la brujita vio a un príncipe vagando por el bosque chiflando melodías de moda en el castillo, pensó que de pronto la subiría en su caballo blanco y se irían cabalgando por el atardecer, aunque era de mañana. Pero no sucedió así. El príncipe, al verla salir repentinamente de entre los árboles, pegó un grito, montó su caballo blanco de un salto y se alejó de la azorada vista de la bruja en el tiempo que le tomó pestañear dos o tres veces.

La pobre se sentó en una piedra cubierta de musgo y se puso a llorar. Dos o tres ranas aparecieron para tratar de consolarla, pero de nada sirvió. Finalmente, regresó a su choza y le platicó a su mamá la extraña y terrible experiencia que acababa de tener. Su mamá se rió de ella y le dijo que ella era una bruja y que el príncipe era un príncipe y que no podía haber nada entre ellos jamás.

La brujita no quiso creerlo y se dijo que su mamá estaba de mal humor, que seguramente no quería que ella se casara tan joven y la dejara sola en el bosque y que últimamente no le habían estado saliendo tan bien los hechizos y sospechaba que se estaba desquitando con ella. ¡Porque no era cierto! ¡No podía ser cierto! ¡Cómo iba a ser cierto si ella sabía muy bien que era una princesa? Y aunque hubiera uno que otro detalle que no encajara muy bien con los cuentos, eso no quería decir nada. Al fin y al cabo eran cuentos, ¿no?

Pero después de varias repeticiones, con variaciones en el tono del grito que pegaba el príncipe, o la rapidez de su caballo blanco al alejarse, empezó a sospechar que algo andaba mal. Quizás los príncipes habían tenido malas experiencias con otras princesas; o no se sentían listos para comprometerse todavía; o ella era tan bella que los cohibía. Pero si tuvieran la oportunidad de tratarla, se enamorarían de ella y vivirían felices tal y como decían los cuentos.

Finalmente se acordó de un maravilloso hechizo que había aprendido en su clase de brujería y que servía para atrapar gente, sin hacerle daño, claro está. La brujita nunca le había hecho daño a nadie. Empezó a juntar alas de murciélago, lenguas de sapo, flores exóticas cortadas a la medianoche bajo la luna llena




y todas las cositas que necesitaba para su encanto. Cuando tenía todo preparado, se fue a la parte del bosque donde más príncipes había visto a esperar que pasara uno apropiado.

Después de un largo rato, llegó un príncipe con cabellos dorados y ojos como el cielo soñador. Era exactamente lo que nuestra amiga la bruja estaba buscando. Ella rápidamente, antes de que pudiera verla, lo hechizó.

El maltrecho príncipe se encontró de pronto en la red mágica de una horrible bruja que cacareaba atterradoramente. ¿Cómo iba él a saber que ella simplemente se sentía feliz de haberlo conocido? El valiente príncipe estaba muerto de miedo. Sacó de su pecho un pañuelo con finos bordados al que le hablaba con nombre de mujer. Le juraba que su amor viviría aunque él muriera. Lo único que lamentaba de morir tan joven, era que no le quedaría tiempo de merecer su manita blanca mediante grandes proezas.

La bruja le dijo que se calmara, que nadie se iba a morir. Que ella lo único que quería era que se enamoraran y vivieran felices. El príncipe la miraba. La escuchaba. Pero no podía creer lo que oía. Por fin decidió que la bruja se estaba burlando de su gran amor, que era lo más puro y noble del universo, y que por lo tanto, la única respuesta digna era un silencio absoluto.

Todas las mañanas y todas las noches, la brujita visitaba a su príncipe cautivo para darle oportunidad de enamorarse de ella. Pero él se negaba a hablarle, se rehusaba a probar los deliciosos murciélagos que ella le preparaba con sus propias manos. Ella no veía que la cosa estuviera progresando. El único signo bueno era que él cada día estaba más pálido y ella recordaba haber leído en alguna parte que ese era uno de los síntomas del amor. Pero el príncipe se estaba pasando de pálido y estaba cada vez más flaco y el brillo había desaparecido de sus ojos soñadores. Ustedes deben comprender que un príncipe sin brillo en los ojos, que no habla, ni come, ni nada, ya no es tan atractivo que digamos. Y la bruja, que no era tan malvada, decidió dejarlo ir. Y así lo hizo.

Pero luego se puso a pensar. Y mientras más pensaba, más se convencía de que era una bruja y que nunca iba a tener un príncipe que la apapachara. Un buen día se enojó. Si ella no podía tener un príncipe propio, nadie iba a tener uno. En un dos por tres, convirtió a todos los príncipes en ranas. Porque como bruja, quiero que sepan, era bastante buena. Y tampoco era tan mala; añadió una cláusula diciendo que si alguna princesa se atrevía a besar a un príncipe-rana, éste volvería a ser príncipe. Sólo que nunca se los dijo a las princesas, y por eso pasó a la historia como la bruja más mala de todas. 

## FEM-LIBRIS

# Calla mi amor que vivo

Calla mi amor que vivo  
Francesca Gargallo

Biblioteca Era / Serie Claves

Francesca Gargallo nos ofrece una historia de búsqueda de libertad y de identidad; de rebeldía frente al autoritarismo; de lucha por cambiar un mundo que no responde a las necesidades del ser joven; de amor y de odio entre generaciones y de ternura y hasta complacencia frente a los iguales.

En la lucha política existe una gran masa de posibilidades, una de ellas es el *no hacer*. Gandhi con la resistencia pacífica, los mexicanos

con el abstencionismo electoral, quienes protestan la injusticia haciendo una huelga de hambre, todos se enfrentan al poderoso con el *no hacer*. Lucía, la protagonista de la historia, decide no hablar hasta no verse libre de la sujeción legal que la obliga a vivir con sus padres y a tolerar su violencia.

“No te hablaré nunca más, no volveré a hablar hasta que sea libre”.

¿Tosudez de niña? ¿Cuántas veces una o uno ha deseado dejar de hablar a quienes la agreden de obra o de palabra? ¿Cuántas veces de pequeñas amenazamos a nuestro padre o madre con no volverles a hablar? Cuántas veces con nuestro

